



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:

como hija, esposa y madre,

conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia

para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor

el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre

y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

II. Familias “en María”

Noviembre 2025

1. La familia, el primer jardín
2. La familia, ambiente fecundo
3. Familia fecunda en la sociedad y en la Iglesia
4. Preguntas para el diálogo conyugal
5. Práctica

Dice el Cantar de los Cantares: “Eres huerto cerrado, | hermana mía, esposa; | manantial cerrado, fuente sellada. Es tu seno paraíso de granados, | con frutos exquisitos” (Ct 4,12-13; cf. Ct 6,2-3).

Esta referencia al “huerto cerrado” y a la “fuente sellada” la ha aplicado la tradición a la Virgen María. Recordamos cómo empiezan los *Milagros de Nuestra Señora*, de Gonzalo de Berceo:

Yo, el maestro Gonzalo de Berceo llamado,
yendo en romería, me encontré en un prado,
verde y sin labrar, de flores bien poblado,
lugar apetecible para un hombre cansado.

Luego el poeta aclara que este prado es la Virgen María.

En esta romería tenemos un buen prado,
en que retoma fuerzas el romero cansado:
la Virgen gloriosa, Madre del bien Criado...

La imagen del huerto vallado ayuda a entender que María es la Virgen, reservada solo para Dios. Por eso su huerto está protegido y su fuente sellada, es decir, es fuente a la que no se le filtran aguas impuras. A la vez, esta protección no encierra a María, sino que la abre, pues la hace fértil como un huerto lleno de fuentes. Su fecundidad es tal, que da a luz al Hijo de Dios y a todos los hombres en Él.

Entendemos que muchas pinturas de la Anunciación, desde Fran Angelico, representen a María sobre el fondo de un jardín vallado. Con frecuencia se sitúa en el fondo el jardín del Edén, del que son expulsados Adán y Eva. Esto nos recuerda un clásico juego de palabras: la palabra “Ave” es “Eva” al revés. María, al decir “sí” al saludo del ángel, deshizo la desobediencia de Eva.

El huerto sellado y lleno de fuentes señala, pues, al primer jardín, donde Dios creó a Adán y Eva. De este modo, la imagen puede ayudarnos a entender el matrimonio y la familia. Vamos a ver que la familia que vive “en María” es también huerto cerrado y fuente sellada.

1. La familia, el primer jardín

Dios, al crear el mundo, preparó un ambiente especial para el hombre, el jardín del Edén. Las leyendas judías lo describen como lugar de delicias, poblado de árboles que dan frutos de sabor variado y de melodías de pájaros. Además, lo riegan cuatro fuentes sabrosas: una de miel, otra de vino, la tercera de bálsamo, la cuarta de leche.

¿Qué era este jardín? Si acudimos al Cantar de los Cantares podemos interpretar el jardín del Edén como un símbolo. Pues el Cantar compara a la amada con un jardín exquisito en árboles y flores. Y el cuerpo del amado se compara con la arquitectura de un templo (Ct 5,14-15). Esto nos invita a ver el jardín del Edén como un símbolo de los cuerpos del hombre y de la mujer. ¿No es la “una sola carne” de Adán y Eva el primer espacio acogedor donde ambos pueden habitar? Cuando nos casamos inauguramos un huerto acogedor, edificado sobre la alianza sponsal. Cuando viene un hijo al mundo tiene un primer jardín que le hospeda: la alianza fiel de su padre y madre, que es el origen de su vida y que la sostiene en el tiempo.

Así que Dios creó al principio el cuerpo de hombre y mujer para que ambos tuvieran un espacio de encuentro y unidad y no estuvieran sin morada. ¿Y qué sucedió con el pecado de Adán y Eva, que vemos representado por Fra Angelico en sus “Anunciaciones”?

La caída de Adán y Eva supuso la expulsión de ese jardín que son sus propios cuerpos. Esto significa que, al pecar, Adán y Eva transformaron el lenguaje del cuerpo sexuado. Pues el

cuerpo dejó de ser lugar de comunión para transformarse en lugar de aislamiento y de dominio mutuo. El cuerpo ya no fue un hogar amable, sino un instrumento para ejercer fuerza y hallar placer.

Hoy vemos el cuerpo cerrarse en el divorcio (cuando hombre y mujer se expulsan el uno al otro de sus vidas); en el aborto (donde la madre expulsa al hijo de su seno y el padre se lava las manos); en la pornografía (donde la sexualidad, lejos de lanzarme más allá, me encierra en ese espejo que es la pantalla); en la contracepción (donde los cuerpos de hombre y mujer se cierran al regalo de la fecundidad...).

Es verdad que, después del pecado, los cuerpos de hombre y mujer no dejaron de ser del todo habitables. El Antiguo Testamento es la historia de cómo Dios fue poco a poco reedificando el cuerpo como lugar de comunión. Ya el arca de Noé, cuyas medidas las dio el mismo Dios, era imagen de este cuerpo reconstruido, donde se refugiaron las familias que sobrevivirían al diluvio. Luego, desde Abrahán y Sara, el cuerpo se fue haciendo de nuevo hospitalario, cuerpo de esposo y esposa, de padre y madre. El culmen de este proceso llegó en la Virgen María.

María es el nuevo jardín del Edén, donde Dios forma al hombre nuevo. Esto sucede, primero, en el hogar de María y José, donde el cuerpo se hace otra vez un hogar para acoger al Hijo de Dios. Y sucede, luego, bajo la Cruz, donde Jesús acoge a todos los hombres en su cuerpo abierto, y hace a María Madre de ese cuerpo.

Vemos así que María no solo recupera el antiguo jardín, sino que le da una medida nueva, pues Dios mismo va a hacerse hombre en esta tierra virgen. A esta medida nueva le corresponde otra novedad: la virginidad de la Sagrada Familia, que vive el cuerpo en relación con Dios. Pero a esta medida nueva le corresponde, no solo la virginidad, sino también el matrimonio cristiano. Podemos decir que, al instituir el matrimonio, Cristo reabre el espacio de la familia “en María”. ¿Podemos hacer de nuestra familia un *huerto cerrado*, una *fuentesellada*?

2. La familia, ambiente fecundo

Podríamos pensar que la imagen del “huerto cerrado” es apropiada para la familia hoy, porque esta sufre el ataque continuo de nuestra cultura anti-familiar. ¿No es necesario protegerla con una valla y un cercado?

En realidad, si la valla y el cercado aislasen a la familia del mundo, esto sería la victoria de esta cultura anti-familiar. Pues lo que quiere esa cultura es justo privatizar la familia, desconectándola de la sociedad. Quiere hacer una familia que cuente solo en lo individual, pero que no modele el mundo del trabajo, la economía, la diversión, la naturaleza, la política... En todos esos ámbitos se pretende que acudamos como individuos, como si la familia no existiera.

La valla que protege el huerto no puede conllevar, por tanto, que nos aislemos del resto de la sociedad. ¿Qué significa, entonces esta valla?

En el caso de la Virgen esa valla es la virginidad, pues la Virgen es solo para Dios. ¿Y cómo se aplica esto en el matrimonio, donde no hay virginidad? Es que la virginidad no es ante todo una ausencia, es decir, no es ante todo la ausencia de relaciones conyugales. Sino que la virginidad es una presencia: la presencia singular de Dios.

Por eso esta valla puede existir también en nuestra familia, en cuanto que la familia es cuidada especialmente por Dios y se abre a Él. La valla no significa un aislamiento, sino que Dios ordena la familia y la cuida, porque el amor de hombre y mujer viene de Dios y lo ha unido Dios. Por eso decía san Juan Pablo II que hay una dimensión virginal en el matrimonio,

porque el hombre y la mujer descubren que su unión viene del Creador y que caminan hacia Él (cf. *Teología del cuerpo, Catequesis* 10:2).

Así que es Dios quien cerca y protege el matrimonio, cuando lo crea con una arquitectura concreta, como unión de un hombre y una mujer para toda la vida abiertos a la generación y educación de los hijos. Estas propiedades del matrimonio son su valla. Y es verdad que es preciso proteger esta valla en una sociedad que quiere derribarla y saquear el huerto. Pero recordemos que esta valla no está ahí para encerrar a la familia en sí misma, sino precisamente para abrirla hacia Dios. Y, desde Dios, para abrirla a todos los hombres.

Por ejemplo: la indisolubilidad permite al matrimonio durar en el tiempo, hacerse fiable y, así, sostener la sociedad. Y la monogamia permite al matrimonio ser imagen del Dios único, quien da unidad a toda la vida humana y social. Y la diferencia sexual permite al hombre y a la mujer abrirse más allá de sí mismos, desplegando el horizonte del Creador, que ha establecido esa diferencia sexual y la bendice con el don de la vida. Y la fecundidad del matrimonio lo lanza para abrir un futuro nuevo en los hijos...

Hay, por tanto, una valla que cerca el huerto. Pero no es valla para encerrar y aislar, sino para que el huerto sea fecundo y crezca. Y hay un sello que asegura que el agua viene pura del manantial de montaña. Pero no es sello para recluir el agua, sino para que pueda correr y fecundar los campos de vida.

La valla que protege la familia no es como los alambres que contienen un bonsái para que no crezca. En realidad, los ataques contra la familia quieren hacer de ella un bonsái. Quieren reducir la sexualidad a un bonsái, quitándole su relación con la fecundidad y la vida; y reducir a un bonsái la relación hombre-mujer, impidiéndola durar en el tiempo; y reducir a un bonsái los hijos y su educación, bajo el control de sus padres-helicóptero.

Pero el huerto vallado de la familia “en María” es todo lo contrario. La valla está para que la familia se abra y todo lo fecunde de vida, extendiendo sus ramos, sus frutos, sus semillas. Veamos algunas claves de esta fecundidad del huerto, en la sociedad y en la Iglesia.

3. Familia fecunda en la sociedad y en la Iglesia

La imagen del huerto vallado es, por tanto, una imagen de apertura y fecundidad de la familia. Quien quiere encerrar a la familia en sí misma, sin abrirla más allá, lo que hace es cubrir el huerto con un toldo, para que no le llegue el sol ni la lluvia ni el aire, y se marchite su fruto. La verdadera valla que protege a la familia es la que hace a la familia fecunda, llevándola más allá de sí misma.

a) La familia se abre, *en primer lugar*, para edificar la comunión de la Iglesia. Pues la Iglesia es una familia, y por eso se forma a base de familias. Es decir, la célula básica de la Iglesia no es el cristiano aislado, sino la familia formada por personas relacionales, que son hijo e hija, esposo y esposa, padre, madre, hermano o hermana... Solo de este modo puede la Iglesia ser la familia de los hijos de Dios y hermanos de Cristo.

Pero no es solo que la Iglesia necesita a la familia, sino que la familia necesita también a la Iglesia, porque de la Iglesia recibe la Eucaristía. Si no se abriera a la Iglesia, la familia se encerraría sobre sí misma, dejaría de pertenecer al gran cuerpo de Cristo y se marchitaría. Por eso es imprescindible que cada familia viva dentro de una familia de familias.

A veces vemos la presencia de otras familias como un complemento a lo que ya tenemos como familia. Decimos: mi familia está completa, y ahora le ayuda tener amistades que nos refuercen. Pero el que piensa así no entiende que la familia no está completa sin la Iglesia, que la abre más allá de sí misma. Una “familia de familias”, como familias de Betania, está formada por familias que entienden que no pueden florecer si no florecen juntas. Las otras familias no

son accesorios que completan lo que ya tengo por mí mismo. Sino que son el ambiente que permite respirar a mi familia, y sin el que mi familia se asfixiaría.

b) *En segundo lugar*, la familia se hace fecunda cuando participa en la misión de la Iglesia. El huerto vallado “en María” va ampliando su valla, para colonizar poco a poco todo el desierto. Hay una imagen clásica de María que extiende su manto para acoger bajo sí a los cristianos. Esta imagen se representa a veces con ángeles que prolongan los brazos de María, para que quepan en Ella más personas. Esos ángeles, podemos decir, son las familias, que llevan al mundo entero una visión familiar del hombre y, de este modo, extienden el manto acogedor para cada persona.

Entendemos así que la misión propia de la familia no consiste simplemente en salir de sí, dispersándose, sino en extender la hospitalidad. Así se podrán acoger más personas en el huerto vallado, y podrán beber más personas de la fuente sellada. Por eso la misión familiar se dirige sobre todo a aquellos que no tienen familia o viven en una familia rota. O a los jóvenes, que están llamados a formar familia en una sociedad que disuelve todo en lo individual. O a reforzar los hogares de otras familias, para que se asienten sobre roca y resistan la venida del vendaval.

c) *Finalmente*, la familia se abre también para edificar la sociedad. Y es que en la familia no se forman solo individuos aislados, sino que se forman personas que viven en relación. Es decir, se forma a hijos y a hermanos, que podrán luego unirse como hermanos y cuidar del bien común.

Por eso es misión de la familia hacer familiar todo lo que toca. Es decir, la familia está llamada a prolongar su ambiente en el ambiente del trabajo, y en el ambiente del deporte, y de la educación, y de la política, y del arte, y de la economía... Cada vez que la familia transforma uno de estos ámbitos vuelve más familiar todo el ambiente y, así, se vitaliza ella misma, al tener más espacio para respirar. Este año iremos viendo todos estos ambientes “en María”, que son ambientes “en familia”.

4. Preguntas

Para el diálogo conyugal

- Comentad juntos en qué cuestiones concretas se manifiesta el pecado como “cuerpo cerrado” y cómo puede reabrir Cristo el espacio de vuestra familia.

- ¿Cómo vivir vuestra relación en una sociedad anti-familiar? ¿qué peligros encontráis?

-¿Cómo podéis participar, como familia, en la misión? ¿Tenéis alguna misión en Familias de Betania? ¿Estáis comprometidos con algún apostolado? ¿Os podría ayudar?

Para la reunión de equipo

¿Qué riesgos hay de que tu familia se cierre sobre sí misma, convirtiéndose en familia-bonsái?

¿Qué formas tiene tu familia de edificar una familia de familias?

¿Cómo promover en familia una hospitalidad misionera, especialmente con los que son pobres de familia?

5. Práctica

Plantearse como familia la cuestión del “apostolado en familia” en una conversación conyugal (que luego puede también, si es oportuno, abrirse a los hijos). La pregunta se plantea en el marco de la familia como “sujeto de la evangelización”. ¿En qué misión estamos embarcados dentro de Familias de Betania? ¿Tenemos algún apostolado? ¿Somos también familia en misión?